

La Historia de la Iglesia: posibilidades y problemas

OSCAR ÁLVAREZ GILA

(Euskal Herriko Unibertitatea Vitoria-Gasteiz)

Es posible, o mejor aún, es necesaria una historia de la Iglesia imbricada metodológica y epistemológicamente en el conjunto de la ciencia histórica? La respuesta afirmativa parece evidente. No obstante, si bien nadie puede dudar el papel axial que ha representado la Iglesia en la evolución histórica del mundo occidental durante los dos últimos milenios —en lo social, en lo económico, en lo político, en lo ideológico, en lo filosófico, en lo moral...—, ciertamente su reflejo historiográfico ha sido muy desigual. Partimos aquí de una doble constatación: por un lado, la debilidad científica de muchos trabajos de *historia eclesiástica*, entendida ésta en el más puro estilo positivista que aún domina en muchos ámbitos de la producción historiográfica ibérica y latinoamericana; y por otro lado, la necesidad inexcusable de integrar la historia de la Iglesia, con su complejidad pero también con sus particularidades, en todo análisis general que intente aprehender, comprender y explicar la realidad pasada de nuestras sociedades.

La Iglesia, de hecho, ha estado presente en la labor de muchos historiadores pasados y presentes. No obstante, en más ocasiones de las deseables, visiones excesivamente focalizadas nos han mostrado a la Iglesia únicamente desde una de sus facetas: a veces como una mera estructura de control social e ideológico, basada en un ascendiente superior al de cualquier otra institución; otras, como un agente exclusivamente económico; otras, como una continuación del poder político con una frontera entre ambos difusa e inextricable; otras, únicamente como una filosofía o conjunto de planteamientos éticos o morales más o menos aceptados y permeados en el imaginario colectivo; otras, como un agente de caridad pública o como una entidad de dinamización cultural y artística. Todos estos planteamientos inciden, ciertamente, en facetas tocantes a la historia de la Iglesia, pero no constituyen por sí solas una aproximación completa a dicha historia. Desde otros planteamientos, en cambio, se ha dado tal prioridad a la naturaleza supraterránea de los fines de la Iglesia, que se ha llegado a separar ésta de la contingencia histórica a la que, sin embargo, se halla inexcusablemente ligada en su actuación cotidiana. La misma concepción de lo que se entiende por *Iglesia* ha llevado además, en unos casos, a circunscribir el ámbito de estudio al clero, que muchas veces se ha entendido como un simple *funcionariado* eclesiástico dispensador de sacramentos; pero al mismo tiempo, son conocidos los problemas para engarzar adecuadamente la participación del laicado en el devenir histórico de la Iglesia.¹

GILA, Oscar Álvarez "La Historia de la Iglesia: posibilidades y problemas", *prohistoria*, Año VI, número 6, 2002, pp. 169-171.

¹ Sobre éste y otros aspectos, versa el artículo de José Andrés-Gallego, que desde su redacción, a

No han faltado tampoco los estudios beligerantes, que han visto detrás del conjunto de prácticas y creencias cristianas un elemento sustentador de la ideología dominante de turno; y desde esta premisa, bien la han atacado desde posiciones rabiosamente partidistas, o bien han optado por oscurecer en su análisis toda referencia a la existencia y la actuación de la Iglesia. Desde el otro lado de la trinchera, por su parte, han surgido obras en las que la exaltación panegirista no ha logrado sino oscurecer el necesario afán de objetividad exigible desde los mínimos parámetros científicos.² En uno y otro caso, nos hallamos ante historias *ad probandum* cuyo máximo valor radica en informarnos sobre el contexto en que se realizaron, más que sobre el periodo al que se refieren. Por no citar la tendencia, excesivamente positivista y demasiado particularista, que ha animado a muchos historiadores surgidos del seno de la propia Iglesia, cuyo horizonte de miras apenas ha ido más allá de las puertas de iglesias y conventos³ —buena prueba de ello son muchas de las *historias* de congregaciones religiosas, generalmente limitadas a un consumo interno—, poniendo en evidencia un marcado divorcio con el devenir del conjunto de la ciencia histórica.⁴ Y, finalmente, hay que hacer mención de un último elemento que tiñe muchos de los análisis históricos sobre la Iglesia emanados de los propios eclesiásticos: las interpretaciones teológicas, en un abanico que va desde las teologías de la historia —el concepto *salvífico* de la historia, entendida como espacio de realización del plan divino—, hasta la historia de la teología.⁵

medio camino entre el ensayo y la reflexión historiográfica, presenta el interés de ofrecer una visión *desde dentro* del modo en que sectores ligados a la Iglesia entienden y plasman sus reflexiones sobre qué es la Iglesia y cómo debe ser estudiada su historia.

² El trabajo de Adrian Bantjes Aróstegui, sobre la historiografía del *problema religioso* en la Revolución Mexicana, ofrece inmejorables ejemplos de estas dos tendencias.

³ Roberto Di Stefano, en su artículo sobre la historiografía de la Iglesia en Argentina, presenta un amplio panorama en el que destaca la marcada tendencia positivista de los principales historiadores procedentes del propio clero.

⁴ Sobre esta cuestión, son muy interesantes las conclusiones que se obtuvieron en el *Primer Congreso de Historia de las Familias e Institutos Religiosos en el País Vasco/Navarra*, que se celebró en el santuario de Arantzazu (Gipuzkoa, País Vasco) en junio de 2002, en el que estuvieron presentes tanto historiadores académicos como productores de historiografía interna de las diversas órdenes religiosas. Principalmente, se hizo hincapié en la necesidad de superar la fractura existente entre ambas producciones, comenzando por un mutuo conocimiento y valoración de aciertos y carencias de cada una de ellas.

⁵ De gran importancia para aprehender, no sólo las corrientes de pensamiento —no sólo ideológicas— que han ido surgiendo del seno de la Iglesia a lo largo del tiempo, sino sobre todo el modo en que la misma Iglesia reflexionaba sobre su ser y su actuación en un tiempo y espacio concretos, es decir, en una historicidad plena. Aquí radica el interés del artículo de Josep-Ignasi Saranyana, que por vez primera esboza un esquema de historia de la teología latinoamericana en el siglo XX, engarzando los aportes de los sucesivos pensadores en el accionar de la Iglesia, y en general, en su particular inserción en las sociedades continentales.

No obstante, la Historia de la Iglesia es y seguirá siendo necesaria. En primer lugar, como ya hemos señalado, porque así lo exige un análisis sereno, sin apriorismos ideológicos o confesionales de ningún tipo, del pasado del mundo occidental. Dentro de la Iglesia se han forjado muchos de los elementos que constituyen hoy en día la base de nuestra concepción de la sociedad: la evolución del pensamiento europeo, y por extensión del americano, se ha realizado, a veces desde la Iglesia, otras en contraposición a ésta, pero nunca al margen de ella. Pero, al igual que la historia *general* necesita de la historia de la Iglesia; también ésta debe tener en cuenta a la primera. El análisis histórico debe profundizar en el conocimiento preciso y multifacético de todas las dimensiones de la realidad eclesial, y ésta debe aceptar ser escrutada desde el rigor exigible a toda ciencia y ver analizada su actuación también desde la contextualización de la sociedad en cuya construcción participó.

El objeto de este dossier es, así, ofrecer unas líneas de reflexión sobre el modo en que se ha historiado y se ha de historiar la Iglesia, sobre su diversos modos de interacción con la sociedad en la que se halla presente y de la que emana, no olvidando las peculiaridades de su ser y sus fines, que van más allá de lo meramente social, económico, político o filosófico, pero que afecta a todos ellos.